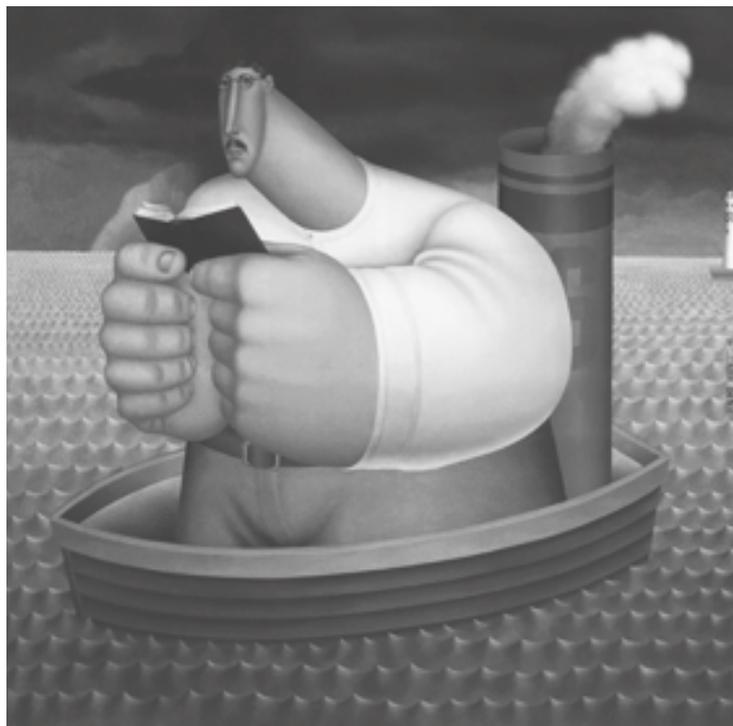


Artefactos narrativos

Mauricio Molina



Entre todos los géneros narrativos el cuento es el más difícil de definir. Desde el poema en prosa hasta las ficciones más complejas, en el cuento confluyen el arranque lírico y la más rigurosa geometría. El cuento es un género en continua transformación, es como esos virus que mutan constantemente y que se niegan a la clasificación. Como su hermana, la poesía, el cuento nunca se ha podido prestar a las definiciones fáciles, a la fijeza del sentido.

El gran teórico de la literatura ruso Viktor Sklovsky afirma que la diferencia entre el cuento y la novela es la misma que hay entre una ecuación de una incógnita y una ecuación de varias incógnitas. Yo añadiría algo a este símil genial: el cuentista va en busca de su incógnita, la desconoce de antemano, mientras que el novelista construye sus incógnitas y las va distribuyendo a lo largo de su narración.

Ricardo Piglia, en sus *Tesis sobre el cuento*, afirma que un cuento siempre narra dos historias: una visible y otra secreta. Según el escritor argentino el efecto de sorpresa se produce cuando la historia secreta aparece en la superficie. Piglia seguramente pensaba en las categorías postuladas por Sigmund Freud del *contenido manifiesto* y *contenido latente* de los sueños. Al decir de Freud, en los sueños ocurren una serie de eventos, imágenes o situaciones que constituyen el contenido manifiesto, mientras que lo que simbolizan o encarnan, es decir su significado oculto, conforman el contenido latente del sueño. Para Piglia el entrecruzamiento de las dos historias que todo cuento debe de contar son las que provocan su efecto estético.

Esta doble cualidad, desde mi punto de vista, se produce no tanto por el entrecruzamiento de dos historias —la visible y la secreta— sino en la necesaria vuelta al prin-

cipio del cuento, es decir en su carácter reversible. Un cuento debe leerse dos veces cuando menos: en la primera accedemos al proceso de sorpresa y de encantamiento en su estado puro. En la segunda hace su aparición el goce de observar su estructura. Es por esto que siempre es necesario regresar invariablemente al principio y asistir, merced a la relectura, al placer del texto en su estado puro, a la experiencia estética de atisbar el infinito y la eternidad en unas cuantas páginas. En esa segunda lectura podemos ir descifrando tanto el contenido manifiesto como el contenido latente del cuento.

En el cuento la idea de la finitud, tan explorada por Julio Cortázar en sus *Alrededores del cuento bre ve*, es decir del relato que gana por *knockout*, es fundamental, aunque me parece que se ha malinterpretado. En la lógica del cuento el final debe de estar implícito en su principio, de modo que si bien

un escritor de cuentos, al comenzar una ficción no sabe bien a bien cómo va a terminar una ficción breve, una vez que vuelve a trabajarla, tiene que mirar su relato como un todo. En el cuento la iluminación se encuentra en todas partes. No hay un solo elemento que no pertenezca a una lógica interna perfectamente plausible al interior de lo narrado, de modo que, como decía Horacio Quiroga en su famoso *Decálogo*: “En un buen cuento las primeras tres líneas tienen casi la misma importancia de las tres últimas”.

Unas palabras ahora en cuanto a la extensión del cuento. Muchas veces se ha afirmado que cuanto más breve sea un cuento mejor es su eficacia. Esto me parece una falacia, basta con comparar un cuento de una sola frase como *El dinosaurio* de Augusto Monterroso con *El perseguidor* de Julio Cortázar. Como género, el cuento exige una extensión muy precisa y su densidad, su peso específico, es siempre el mismo, ya que la duración de la lectura del cuento es consustancial a la experiencia literaria. Un cuento es un artefacto narrativo diseñado para leerse de corrido. La economía de medios, la condensación del lenguaje, son sus verdaderas cualidades.

Hugo Hiriart en su libro *La naturaleza de los sueños* afirma que los sueños son hipótesis, postulados de una realidad alterna. En los sueños podemos encontrar esa realidad segunda, ese carácter de hipótesis que encontramos en cuentistas contemporáneos en nuestra lengua como Fabio Morábito, Ricardo Piglia o Quim Monzó.

El cuento es al mismo tiempo artesanal y aristocrático. Artesanal porque requiere de una técnica de construcción que explora y expresa una singularidad en el espacio y el tiempo. Aristocrático porque no obedece a las leyes del mercado y del consumo. La novela —y aquí dejo de lado a esas monumentales catedrales verbales diseñadas por



James Joyce, Marcel Proust, o Franz Kafka— es una mercancía en el sentido más cabal de la palabra: un objeto de consumo regido por el criterio mercadotécnico de los editores. Los escritores sabemos que es en la novela donde se juegan los más jugosos contratos. El escritor de novelas, por lo tanto, pertenece al presente (novela es sinónimo de novedad y también de moda), a una edad regida por las leyes del mercado en su forma más salvaje, que es la nuestra. La novela vende, el cuento no se compra. El cuento es gasto puro: *potlach*, juego de lenguaje. La economía de la novela es la de la acumulación y la venta. La del cuento es siempre pérdida pura.

El cuento pertenece a una edad anterior a la novela, hunde sus raíces en los mitos y las leyendas que se contaban alrededor del fuego en la edad de las cavernas, y por lo tanto pertenece también al futuro, a todos los tiempos.

La vida se parece a las novelas. Los cuentos, en cambio, no se parecen a la vida y esto es porque la felicidad, el arrebató, el cum-

plimiento de las obsesiones y los deseos, sólo se nos dan a momentos. Si nuestras vidas fueran cuentos viviríamos muy poco y demasiado intensamente. Si la vida es una novela, es porque a menudo muchos párrafos de nuestras vidas son demasiado aburridos. La vida —y esto Proust siempre lo supo— siempre necesita de un editor: la memoria, que es la que elabora el drama. Los momentos privilegiados no requieren de ninguna mediación. La vida es demasiado vaga; el momento privilegiado, en cambio, es demasiado redondo y perfecto, como un huevo de cristal. La novela es el acompañante ideal de quienes llevamos una vida cotidiana regida por horarios. El cuento es inútil, aristocrático: una vez que acabamos de habitarlo, como los sueños, ya comienza a desvanecerse y a palidecer. Difícilmente releemos una novela, pero regresamos, una y otra vez, a un cuento que ha tenido la capacidad de obsesionarnos.

La novela es una de las más hermosas esclavas del tiempo. El cuento, en cambio, es cómplice de la eternidad. ▣

La vida se parece a las novelas. Los cuentos, en cambio, no se parecen a la vida y esto es porque la felicidad, el arrebató, el cumplimiento de las obsesiones y los deseos, sólo se nos dan a momentos.